

# Algunos mitos que dificultan la forja de vocaciones desde la escuela

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

### La doble moral, mito de Jano

Jano es el dios romano de las dos caras (January, enero, es el mes que mira por una cara hacia el año viejo, y por otra hacia el nuevo). Jano pide una tajante división entre la vida privada y la vida pública. Muchos docentes son amigos de Jano: vida privada y vida pública nada tienen que ver, se puede ser un buen profesor de teoría y un negador de la misma con la vida que se lleva, pues por esto último no le pagan.

Sin embargo, este dogma de la autonomía de la privacidad es falso, porque en el mundo real lo privado y lo público se entremezclan, ya que el agente de la vida es uno y el mismo, simultáneamente fuera y dentro. Las intersecciones entre la vida pública y la privada tienen su raíz en la unidad de la persona humana, la misma en la cátedra y en la intimidad del hogar. El maestro lleva a casa sus cualidades personales, nadie se puede despojar de sus hábitos, positivos o negativos. La persona que no lleva una vida privada digna no puede ser un docente público digno: al final surge la indignidad del indigno, donde y cuando menos se esperaba. El docente que no es buena persona no

es buen docente. Cabe también dudar seriamente que el mal docente pueda ser hombre bueno, porque en tanto que docente malo hace daño a los demás.

### La superficialidad, mito antiCasandra

Casandra era una sibila o profetisa troyana que había recibido el don de la profecía junto con la maldición de que nadie iba a creer lo que profetizaba. Pocos amigos tiene Casandra en la escuela, que hoy está contra quien profetice «desgracias». Desgraciado el maestro que alerte contra aquello que el Imperio quiere enseñar, pues entonces toda una campaña de desprestigio caerá sobre él, o, como ocurre más frecuentemente, de silencio. La escuela condena a todo el que tiene una mirada crítica; para ser buen profesor hay que pasar sobre los problemas como si no existieran. En estas circunstancias resulta, como es obvio muy duro vivir la escuela como Casandra, profetizando y alertando a quienes, más cómodos, le tachan de visionario. Tan duro como, sin embargo, alentador.

Pero los adversarios de Casandra insisten: tampoco hay que bus-

car tres pies al gato, nada de fundamentos teóricos ni mayor profundidad con la que superar el desorden establecido, nada de contrarrestar lo mucho que sabe el Imperio y su influjo real contra la humanidad. Mas, si no estamos bien preparados no podremos dialogar con los demás, ni proponer modelos alternativos. Además, no cualquier ética vale para cualquier escuela, ni cualquier teoría es compatible con la mínima dignidad. Por eso hay que prepararse muy bien para fundamentar lo que se enseña.

### El formalismo, mito antiHércules y antiMinotauro

Como condición para recuperar su libertad, Hércules fue sometido a doce pruebas. El Minotauro era un terrible monstruo que asolaba Creta (Minos), contra el cual construyó el propio rey Minos un laberinto en el que le encerró hasta que encontrase la salida. No faltan docentes según los cuales en la escuela no estamos para ganar la libertad peleando contra el desorden establecido: cortesía con quien nos paga, tranquilidad, buenos alimentos, moqueta, sillón, y

trienio al fondo. Para ser buen profesor basta con ser un no mal profesor, no el sí, sino el «yo no vi, no hice, no dije, no fui». Se impone por doquier la cultura del no, la blandenguería.

¡Como si no hubiera que hacer ingentes y operosos, acuciantes y acuciosos trabajos de Hércules en la escuela para servir humildemente a un solo niño, Dios mío! No estamos en la escuela para que no nos pase nada, sino para que nos pase todo, ¿comprenden? La escuela no es una sociedad aseguradora, sino creadora de riesgos en favor del ser humano. No vamos al alumno con un cursi ramillete de habilidades bajo el brazo para que aprenda a subir y bajar la escalera sin enseñar el tobillo, ni para manejarse en lo políticamente correcto, para nada de eso que sea asumible por el sistema.

### El eficazismo, mito antiMinerva

Minerva era la diosa de la sabiduría, y nació de la cabeza de Júpiter sabiéndolo todo y sin haberlo aprendido de nadie. Contra Minerva se proclama que lo importante en la escuela no es la sabiduría, sino los ejercicios. Curiosa paradoja con que los docentes enemigos del testimonio defienden a capa y espada todo tipo de «prácticas»: juegos, bailes, cuentos, serrucho, taller, etc. ¡Como si el conocimiento de la partitura impidiese su ejecución, como si el estudio técnico de la ética impidiese la lucha real y concreta por la justicia!

Es verdad que con sólo estudiar do-re-mi-fa-sol no se sabe aún tocar ningún instrumento; también es verdad que nadie se convierte en pianista si le falta un piano donde practicar. Pero no es menos cierto que para ser un pia-

nista profesional hay que estudiar mucho solfeo, muchas horas de teoría. Ahora bien, cuando se está vacío antropológicamente, vacío teológicamente, vacío místicamente, se hace una cultura vacía, una cultura del vacío, y se lleva una vida llena... de vacío.

### El impersonalismo, mito de Hermes (Mercurio)

Hermes (Mercurio en Roma) era dios mensajero e intérprete de todos los idiomas, aunque a la vez ladrón y traficante de ganados. ¿Qué grado de confianza podríamos otorgar a las traducciones de un ladrón? No pocos maestros se alían con Hermes para traducir

tenerla más. ¡Cuántas aulas llenas de enseñantes están a la vez vacías de maestros!

Sin embargo, el maestro no debe fiarse por principio de cualquier cosa que llegue a sus oídos, sino que debe comprobarlo por sí mismo, no acumular sabiduría de tercera mano, «dicen que dicen que dicen», sino ir a las cosas mismas, verificar lo más cerca posible de las fuentes los saberes que imparte. ¿Qué creyente sería el que dijese «yo no creo, pero creo que creo lo que éste cree», y así sucesivamente? ¿es creer uno mismo el creer que hay otros que creen?

### La hiperespecialización, mito de Vulcano y de Prometeo

Vulcano, dios del fuego y de la metalurgia, era capaz de producir cualquier cosa, incluso hombres de metal que le obedecerían en la fábrica, antecedente de la robótica. Prometeo quiso robar el fuego a Zeus para entregárselo a los mortales, antecedente de Robin Hood. Somos los robos a los que corresponde una tarea sectorial, la que se deriva de la especialización de nuestro sector, y el currículo se ha de compartimentar en asignaturas independientes; si desde fuera logramos que alguien establezca alguna interdependencia entre esas materias, habremos logrado salvar los muebles de nuestro proyecto educativo.

Pues no. En la fragua escolar nosotros vamos a por todas, no renunciamos a nada. El cambio ha de ser a la vez personal y estructural, será personalista y comunitario o no será.

No se puede dejar mitad del campo a Dios, y mitad al diablo. Cada docente ve su materia como un reflejo del microcosmos sapiencial. No se trata de que todos tenga-



mal. Traducen: dice Aristóteles que dice Platón que dice Sócrates. Hoy resulta sencillamente aterradora la carencia de experiencia personal entre quienes deberían

mos que saber de todo, sino de estar abierto a todo desde cada segmento del saber. Las problemáticas sapienciales son comunes, porque son del ser humano, y hay que abrir vasos comunicantes, en lugar de cerrar compartimentos estancos.

### **El servilismo, mito antiAntígona**

Antígona, obedeciendo la ley eterna, muere martirialmente por desobedecer las leyes positivas de la ciudad, porque éstas son injustas. El Imperio lo sabe. ¿Cómo consigue el Imperio que todos sus borregos balen siempre al unísono? Eliminando a los que no lo hacen. ¡Qué solita te has quedado, Antígona! ¡Cuántos docentes corren en dirección contraria a la tuya, es decir al Boletín Oficial del Estado o de las autonomías, a la correspondiente Gaceta (*gazza*, *urraquilla*)!

Pero no. A pesar de tantos malos maestros, meros siervos de las leyes positivas legiferadas pestiferamente, tampoco nosotros venimos a la escuela a obedecer las leyes de la ciudad cuando éstas contradicen a la ley eterna. La escuela es para que lo eterno fructifique, lo diga Agamenón o su porquero.

### **El curriculumismo, mito del laurel olímpico**

Los atletas griegos competían exclusivamente para recibir como premio una corona de laureles. Del mismo modo, muchas veces los docentes nos dedicamos a buscar el reconocimiento exterior,

cuando el premio está en el enseñar bien, alcanzando así la virtud. Ahora bien ¿de qué te sirven todos los laureles, si pierdes tu escuela? Los incentivos pueden facilitar la acción del acto virtuoso, pero no sustituir la virtud misma. Mal va una sociedad si para que la gente trabaje en su profesión ha de comprarse su honestidad, que debería ser el sustrato indiscutible. Las recompensas externas son necesarias, pero no suficientes, y la motivación hacia el bien ha de venir del interior de las personas. Y, de ninguna manera, puede aceptarse el solecismo «me engañarán en el salario, pero en el trabajo les engaño yo a ellos».

### **La frustración, mito de Sísifo**

Sísifo esta condenado a resbalar y a dejar caer su gruesa piedra cuando está llegando a la cumbre que le liberaría, para recomenzar eternamente frustrado. Muchos docentes son Sísifo mientras no sacan la oposición (o la deposición que hoy queda de ella, mero simulacro, dado el nepotismo y el tráfico de influencias al uso), y Zeus cuando la logran. Luego, una vez en el sillón, procuran desquitarse con el alumnado. Cuando eran penenes odiaban el examen, ahora lo multiplican con refinada saña. Cuando eran esclavos hacían lo que los otros querían; no han aprendido a ser servidores: servidores son los que hacen lo que los otros necesitan. Hay una diferencia abismal entre satisfacer deseos y satisfacer necesidades.

Pero no. El buen profesional no es sistematizador de prohibi-

ciones y frustraciones. Derivada esta actitud de la anterior, no son pocos los que enfatizan: «si seré sabio yo, y tontos ellos, que este año he suspendido al noventa por ciento de mis alumnos». Repruebo mucho, luego existo. Si seré profundo, que no ha habido nadie que me entienda. Magister Perfectus Cretinus. Esta actitud tampoco hace buena su extrema opuesta: «apruebo a todos, luego soy un gran profesor».

La cuestión no es reprobar o aprobar, sino ser serios. La lealtad y el afecto que sembramos en el aula no proceden del miedo a la reprobación o del halago de la corona de laurel, ni de las amenazas, ni del control que tenemos de sus vidas a través de las calificaciones, sino de la identidad de maestros. Lo otro no vale. Si yo le vendo a un sinvergüenza la Torre Eiffel, muy probablemente me pagará con un cheque de hule. Expediremos igualmente cheques falsos, títulos sin valor, si con ellos a la vez no ayudamos a promover verdaderas personas en una comunidad de libres. Un sistema de títulos falsos certifica la falsedad de todo el sistema socioeducativo, y falsedad tras falsedad terminamos cargando a los políticos con las culpas de todos, fórmula del chivo expiatorio.

Seamos, pues, dignos de nuestra vocación. Fieles a ella, alcanzaremos niveles muy importantes para la sociedad y para todos; no por nuestra perfección siempre frágil, pero sí al menos por la eternización del impulso que hay en nosotros, y porque al fin y al cabo trabajamos con personas humanas, no con cosas. Con personas a las que hemos de ayudar a suscitar vocaciones.